

UN RELATO DE BIBLIOTECAS RURALES EN LOS ANDES

Compadre libro

Hace casi un año (EDUCACION Y BIBLIOTECA, n° 54) publicábamos una entrevista con Juan Medcalf, un cura inglés que en los inicios de los setenta comenzó, con otros compañeros, la tarea de crear bibliotecas en las comunidades rurales de los andes norteños del Perú, en la región de Cajamarca.

La Red de Bibliotecas Rurales de Cajamarca constituye una institución y un movimiento educativo-cultural sustentado por campesinos cajamarquinos empeñados en el rescate, la revitalización y el fortalecimiento de la Cultura Andina, tomando el libro como herramienta propiciadora. Bibliotecas Rurales desarrolla su trabajo a través de un servicio bibliotecario adaptado al medio y conducido por los propios campesinos. El sistema funciona sobre la base del canje de libros, las decisiones de la comunidad, el trabajo voluntario y la ausencia de burocracia.

En 1984 Bibliotecas Rurales se integró como Unidad de Trabajo de la Asociación para el Desarrollo Rural de Cajamarca-ASPADERUC. Actualmente suman un promedio de 500 Bibliotecas Rurales ubicadas en nueve provincias del Departamento de Cajamarca.

Cuentan con la asesoría de la asociación andina Acku Quinde, asociación responsable de la colección Biblioteca Campesina. Alfredo Mires Ortiz, director de Acku Quinde y asesor de Bibliotecas Rurales, nos presenta el relato que publicamos con las siguientes palabras: "Este relato sobre bibliotecarios rurales, coordinadores y lectores, es apenas un retacito de nuestra historia. (...) Sería bueno leer este librito con nuestras familias y con los círculos de grupos de lectura. Es que a veces nos llega el desánimo, y no está bueno que nos tiremos

al abandono justo cuando debemos estar más recios.

Para nosotros, desde antigua, la salud de la comunidad ha sido y es lo más importante. Un miembro de la comunidad siempre ha sido más que un hermano: es como uno mismo. Esto explica cuán importante es tener nuestros compadres.

Decir compadre es decir co-padre, el que es padre junto con nosotros. Por eso es tan sagrada esta relación. Y, como sabemos, Dios da sus peores castigos a quien ofende a su compadre o a su comadre.

Ojalá que nuestros libros puedan ser buenos compadres: ahí están para bautizarnos el futuro. Sin reclamar mucho nos acompañan: nos ayudan con la carga en las cuestas más pesadas.

Que a nuestra mente y a nuestro sentir nunca les de la ranca. Que el gusano de la desunión nunca se coma nuestras raíces.

Ahí está nuestro compadre libro para arrimarnos a su fronda. Que leer es cosa buena y nos ayuda a crecer. Que leer es también fertilizar hoy para cosechar mañana. Leer es preñar de luz a la oscurana".

Los autores agradecen las opiniones y comentarios sobre el presente relato. Cualquier comunicación puede ser enviada a:

**Bibliotecas Rurales de
Cajamarca-ASPADERUC
Apartado 182
Cajamarca (Perú)**

**Acku Quinde
Apartado 359
Cajamarca (Perú)
Telefax: 07-51-44-92.10.77**

¿Serán días mejores?

Toda la noche le dio el aguacero. El camino amaneció hecho un *barrial* que jaloneaba los *llanques*. Don Manuel Quispe dejó su alforja sobre una piedra y se sentó en un *poyo* al borde del camino. Ya conocía, pues, era como su sitio después de asomar la cuesta. A pesar de las cuatro horas de caminata, no estaba cansado, pero acostumbraba a sentarse aquí, en la *flta* de Huayraconga, como

quien cambiar el *bolo* y distraer la vista mirando el valle de Luychocolpa.

El sol ya medio quema y las nubes van levantando su poncho negro. Pronto vendrán los trabajos en el aporque del maíz. *Lampa* en mano, los luychocolpinos saldrán a colmar el valle con sus tareas, acomodando los surcos para que el maicito levante.

- Buen año, buen año... Taytito Dios, no nos sueltes

de tus santas manos.

Don Manuel debe bajar ahora a Luychocolpa antes de seguir a Quishuarpata.

En Luychocolpa, algunos vecinos están medio inquietos. Se han *anoticiado* que en los caseríos vecinos se están prestando unos libros que sirven para el campo. Que ya están leyendo, dicen en Quishuarpata, en Cúchac, en Lloque, Chiriconga, Congonayoc... Que don Manuel tiene mucho que ver en ésto y les puede ayudar en sus afanes. Así que los luychocolpinos lo han *sesteao* hasta lograr preguntarle. Don Manuel les ofreció:

- Como pasar del Súgar, pues, les visitaré un ratito. Y ahora le toca cumplir con su ofrecimiento.
- ¿Qué tal, pues, me irá? Coquita, coquita de mil sabores, dime si me vienen días mejores o peores. El *bolo* endulza. De pie, don Manuel suspira profundamente para seguir caminando.

¡Si se pudieran contar los casos!

Ya se aparece a la vista el valle de Luychocolpa. La escuelita blanquea en medio de la pampa. ¡Desde aquí se ven las puertas cerradas!

- ¡Ah, maestros, maestros... otra vez de licencia! Los profesores llegan los martes y los jueves ya se vuelven al *pueblo*. Los luychocolpinos dicen por eso que son "profesores de miércoles". Hay de los buenos, los cumplidores, los derechos, pero la mayoría, además, no se acostumbran al campo. ¡Das vuelven a la capital de la provincia, de donde vinieron!

- Mi tío estudió dos años hace tiempales ya, pero lee el *mosaico* a la carrerita. Las cartas que sus hijos le mandan de Lima ¡Uuuh!, las lee mejor que un *escolero* de hoy.

Los pies de don Manuel conocen bien este camino, y el camino sabe de don Manuel yendo y viniendo.

- Allá abajo están los niños, jugando, mientras esperan que lleguen los profesores. *Dejuro* hoy tampoco vendrán. Todo es juego, pelea. Después nos dicen "Los indios son haraganes". Buenos *peloteros* salen los niños, buenos jugadores de trompo, de bolitas... ¡Todos bien *detallosos*! No hay ni saludo, ni respeto a los mayores; ya no quieren ni agarrar la *lampa*, ni tocar la yunta o la sogá de los animales. "¿Entonces para qué estudio?", dicen todo *prosas*. No saben ni hacerse la señal de la cruz. ¡Y *aura* les da vergüenza decir que son de Luychocolpa!

El Jorge Idrogo, que viene de la costa para la fiesta del caserío, con su pelo largo y sus lentes oscuros, dice que el caserío ya no debe llamarse Luychocolpa: "Queda feo, hay que modernizarse ya...", dice.

Pero así será, pues, en todo sitio, que los "educados" aprenden a hablar muy bien... y a mentir muy bien. *Catí* para las elecciones llegan, ¡uno y otro! Hablan con sus bocinas en el patio de la escuela, ofrecen, prometen, comen y se van... hasta las próximas elecciones. Para Luychocolpa no llega ningún adelanto. ¡*Cuanti* mejor que no lleguen sus adelantos, caracho! Y aunque digan lo que quieran, los que sí nos sirven son nuestros *médicos* del campo. Ellos a veces sin cobrarnos nos atienden. Pero también esos saberes se están perdiendo...

La finadita Orfelinda cayó enferma grave, "No es mal para nosotros", dijeron los curanderos de Luychocolpa. Entonces comenzaron a llevarla a ña Orfelinda al hospital de la provincia, ¡a cinco horas de camino! Allá arriba nomás murió, en la volteada de Hayraconga. Igual pasó con el finao Gaspar Asencio, con ñu Sergio, ña Rosaura... ¡Uuuh, si se pudieran contar los casos!

Este pueblo nuestro

Aquí en Luychocolpa siembran maíz. Los mayores cuentan que antes, cuando todo era montaña, cuando los animales, las plantas y todos hablaban, los venaditos bajaban a tomar el ojo de agua de allá al frente, y se ponían a lamer esas piedras grandes que hay allá como *batanes*.

Ahora ya no hay venados: los cazadores mataron a los últimos que quedaban.

El camino grande pasa bordeando el valle y de ahí reparte sus bracitos a los demás caseríos.

- Si pudieras hablar como antes, camino de Luychocolpa... Cuántas historias juntarías para nosotros: *pallaquearías* los rastros de nuestra historia.

¿Cómo moldeó Diosito este valle? ¡Cuál jugaría, caracho, cuál se distraería! ¿Cómo sería la vida de los gentiles en estas montañas? ¿Por qué se enterraron en la peña Kunturcaqa? ¿Por qué dejarían sus huesos entre ollitas y cántaros? ¿Cómo sería cuando los españoles llegaron a nuestra tierra? ¡Cuál se aficionaría de su hermosura! Quizá también intentaron ponerle el nombre de algún Santo... y no lo lograron. ¿Cuál preguntaría dónde enterraron el oro nuestros antepasados? Cuánto dolor sería cuando mataron a nuestros abuelos para adueñarse de sus tierras, nuestra tierra, tal como ocurrió en Sugarmayo, en Collorco, en Quinuamayo, en el valle de Chugurcillo. ¿Cuántos prójimos habrán cruzado por aquí *echando pechadas*, o silbando nomás para ahuyentar la soledad o de puro gusto, a veces en son de fiesta o bajo el peso de alguna *desgracia*, pequeñitos ante la inmensidad de estas serranías? ¿Cuántas veces las autoridades salieron a recibir las buenas remesas?

Antes, los *diezmeros* y *primicieros* salían para las cosechas. Hoy, el cura sale sólo para las fiestas. ¿Cuántas veces llegaron las *levas* para reclutar a los muchachos? Los pobres tenían que dormir en las peñas o esconderse en los *machaines* para no ser llevados.

Ay, camino viejo, camino grande... ¿hasta cuándo te quedarás mudo, sin hablar, hermano...?

¡Chac-pachac, chac, chac, pachac!: los golpes de *lampa* han empezado al fiesta diaria de la fertilidad de este otro valle nuestro.

¡Nosotros queremos leer, óigaste!

Como *encabar* su *lampa*, Abel Díaz estaba ojo al camino que baja de Huayraconga. Cuando vio ese bultito que bajaba ligero, pensó:

- Si, es él. Don Manuel siempre ha sido de palabra.

Rato después llegó.

- ¡Abelito, cuidao tus perros!

- ¡*Uéguste* nomás, don Manuel, no hay perros, *Uégustel* Le estamos esperando. Pase usted a descansar

en el *poyito*.

Así comenzó la primera conversación sobre las Bibliotecas Rurales en Luychocolpa.

- Mira, Abelito, primero hay que saber algunas cosas principales sobre las Bibliotecas Rurales. Los libros se sacan prestados de la Biblioteca Central de Cajamarca o de la Central Zonal de tu provincia. Hay que canjearlos cada tres meses, o sea que es como trueque, para que así los libros siempre estén circulando. Para que esto funcione, la comunidad tiene que nombrar un Bibliotecario, que es el responsable a los lectores.

- Ah, carancho, tenemos que pensar bien a quien nombramos...

- Claro, tiene que ser una persona responsable, que tenga buen trato con los vecinos. Su familia también debe entender la importancia de la lectura, para que los lectores lleguen a sacar sus libros con toda la confianza.

- ¡Ucha!... y para eso *quedrá* pues tener un local y un armario para los libros...

- No, Abelito, nada de eso. Nuestras Bibliotecas Rurales son como familias de libros que buscan lectores. No necesitamos local porque basta con la casa del Bibliotecario. Tampoco se necesitan armarios: los libros no deben descansar ni empolvarse, porque tienen que estar en constante movimiento.

- ¡Ajá! Así habrá que explicarle a toda la comunidad.

- Para culturizarnos más, aquí no necesitamos gastar dinero. Sólo hay que tener un buen aprecio por los libros y saber cuidarlos y usarlos. Además se pueden formar Círculos de Rescate o de Lectura...

- ¿Cómo es eso, ñu Manuelito?

- Los lectores, pues, se reúnen para compartir lo que saben y lo que leen, conversan sobre todos los asuntos de la comunidad. Así, lo que leemos no se queda como en el aire, porque en grupo sacamos mayor provecho y ampliamos lo que se lee.

- Eso, ñu Manuelito, eso es lo que necesitamos por estos sitios, *óigaste*. Nosotros queremos leer, si no, cada uno lo pasa en su casa y no hay ese juntar de ideas para conocernos más, para compartir nuestras inquietudes y nuestros conocimientos.

- Así pues, Abelito. Por eso tenemos que hacer una reunión con la comunidad para conversar sobre este asunto y ver si se decide nombrar al Bibliotecario.

- ¿Y cuándo puede ser, ñu Manuelito, cuándo tiene usted tiempo?

- A ver, a ver... el próximo sábado por la nochecita puede ser...

- Sí, por la noche estaría bien, porque de día, pues, con los trabajos *masque* a veces no se puede, *óigaste*, los trabajitos no nos dejan. Peor algunos que se van a la *jalca*. Pero... ¿no podrá usted venir antes para apoyarnos, así, visitando a algunos vecinos que no

casi quieren saber de estas cosas? Digo como para animarlos... Por ejemplo, *allacito* vive ñu Serafin, ¡y con ese hombre, *óigaste*, no casi se puede conversar de estas cosas!

- Bueno, así pue que sea... El sábado antes de la tardecita me vendré por aquí. Pero, mientras tanto, ustedes vayan conversando ya sobre estas cosas con los vecinos.

¿Quién no puede leer?

Y llegó el día sábado.

- Don Serafin,... estoy invitando a los vecinos de Luychocolpa a una reunión para esta noche. Va a ser en la casa comunal.

- ¿Como para qué será, pues, don Manuel?

- Es sobre una cosa bien importante, don Serafin: queremos formar aquí una Biblioteca Rural, así como hay en los caseríos vecinos.

- ¿Y cómo pues es eso?

Don Manuel dejó su alforja sobre una piedra y se sentó en la *huaylla*.

- Es para leer, don Serafin, para ayudarnos con los libros. Así podemos enriquecer la memoria, nuestra cultura.

- ...yo ya estoy viejo pa eso, don Manuelito.

- Todo tiempo es bueno para aprender, don Serafin, para eso no hay edad; el pensamiento siempre es tierno cuando prepara la vida para el mañana.

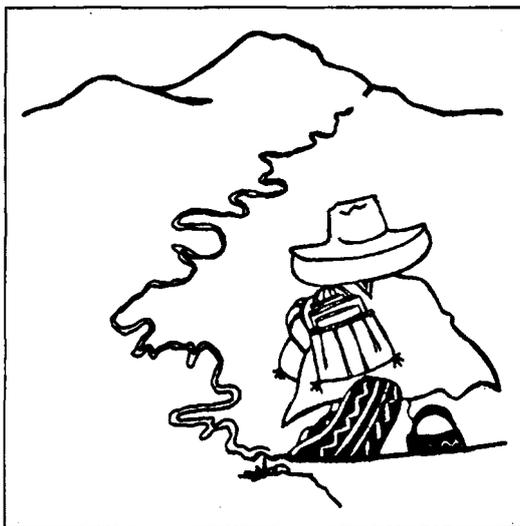
- No, ya no, don Manuel; a mí se me apaña la vista, usted sí ve...- Pero también es cosa de decidirse, don Serafin, porque hay varias formas de leer. Su hijo, el Marcos, por ejemplo, sí puede. - Él, pue, está muchacho. A él lo saqué de la escuela porque ya no había plata y no había quien me ayude en la *chacra*. Pero el cholo, *óigaste*,

¡cuatro años en la escuela y apenas deletreaba! ¿qué algo se irán a hacer los hijos a la escuela? Perdonando la palabra, se vuelven más ignorantes.

- ¿Pero cómo no va a olvidarse de leer el Marcos si ya no lee?

- Pero, ¿cómo va a leer si aquí vivimos por lo que trabajamos nuestras *chacras*? Ya no hay tiempo para esas cosas, don Manuel; los libros no se comen ¡y ni que quisiéramos ser profesores! Esto será pa los del *pueblo* ¿acaso los libros se van a sembrar? Mi Marcos no se va a meter en eso de biblioteca; eso es hacerlo más ocioso.

- Por pensar así nos *pasmamos*, don Serafin, por eso no nos despertamos más, estamos adormecidos, como dormidos sin que haya quien nos *recuerde*. Tenemos que seguir buscando la manera de adelantar con nuestros conocimientos, de fortalecernos aprendiendo. Ya los tiempos no son como antes: los libros pueden ser las mejores herramientas para el trabajo. Usted sabe que lo que se aprende es como haber sembrado: después viene la cosecha.



Como don Serafín, don Manuel hablaba clarito: había que decirse todo bien y directamente.

- Pero, ¿cómo va a ser eso? Para mí es cosa nueva. Además, aquí han llegado muchos a ofrecernos linduras. Y nunca han cumplido.

- Ahí está la diferencia, don Serafín yo no les ofrezco ni les regalo nada. Yo trabajo con las Bibliotecas Rurales porque creo que es algo bueno. Si les conviene, ustedes tienen que decidir, solicitar y sostener su Biblioteca voluntariamente. *Véngaste* a la reunión y ahí se convencerá.

Don Serafín se quedó pensativo. "Cierto que el cholo Marcos es inteligente. En la escuela sus notas no eran muy altas, pero después en todo siempre ha sido bien despierto ¡Además, pa lo que enseñan, quién va a querer aprender nada! El Marcos es buena gente... Cuando se arremanga la camisa y empuña la yunta, no hay toro que se haga el chúcaro. Y tiene buena mano para las siembras.

Una vez, un su tío que vive en Lima lo llevó. "Allá trabajarás bien, hijo", diciéndole: "¡Ni que estuvieras condenado, carajo, a quedarte de campesino! ¿O quedarás ser como tu padre?" Pero el Marcos volvió. "Allí la gente no es gente. El serrano *das* se vuelve *palan-gana*", comentó.

Otros serranos como él sí se acostumbraban allá. Pero él extrañaba deveras la sierra y no creía que en eso de que dejarse machucar en los *micos* o dejarse humillar como muchacho de mano era el modo de salir adelante.

El Marcos extrañaba el olor a hembra del surco abierto, ansioso de recibir semilla. Extrañaba el brillo del maizal después del aguacero, la caminata al *pueblo* los días Domingo, las *unshas*. ¡Hasta comprobaba lo sabrosa que era su *chochoca*, su *ruche*!

El Marcos volvió. Ahora suda en la yunta año a año. En la costa *dejuero* hubiera podido estudiar. O mendigar como tanto *cajacho*. O quizás hubiera conseguido un trabajo más liviano. Pero se regresó. Él mismo decidía, carancho, su destino.

A la *oración*, cuando ya cae la noche, se forman miles de colores. Así también miles de ideas, de pensamientos y recuerdos se formaban como desfilando por la mente de don Serafín.

- Vamos, hijo, a la reunión: don Manuel de Kishuar-pata ha venido a invitar.

¡Que viva la Biblioteca!

- Estimados hermanos de Luychocolpa.

Comenzó a hablar don Manuel. Los reunidos se quedaron guardando silencio, calladitos. Con la luz de un par de mechones que habían traído, se distinguía bonito la figura de cada uno. Como cuarenta luychocolpinos, entre mujeres y hombres, mayores y niños, se habían reunido.

- Seguramente que ya saben el motivo de nuestra reunión. Ya don Abel y los otros amigos les habrán explicado bien de qué se trata este trabajo que para nosotros es una tarea lindísima. Si ustedes ya lo han decidido, nos quedaría nomás aclarar algunas dudas que haya y también nombrar al bibliotecario.

- ¿Y cómo es si pierde un libro? -preguntó Serapio.

- En ese caso, el que lo pierde tiene que devolver un

libro igual. Si el libro no hay en las tiendas, entonces el Coordinador tiene que preguntar en la Oficina Central de Cajamarca para saber el precio y devolverlo.

Pero ese no es tanto el caso. Si queremos a nuestros libros tenemos que cuidarlos.

- ¿Y esos libros *dejuero* sirven para que los muchachos avancen con el colegio y después ingresen a la Universidad? -volvió a preguntar Serapio.

Don Manuel prefirió guardar silencio, hasta que Ernesto Huamán intervino.

- Yo pienso que para la escuela o el colegio hay un tipo de libros, pero una Biblioteca Rural debe tener libros que sean de interés para toda la comunidad. Además, para nosotros la Universidad no es lo principal. Lo que queremos aquí es mejorar nuestra vida ¡La Universidad está tan lejos y cuesta tanto estudiar ahora! Además ¡hay que ver cómo se portan los profesionales con los campesinos!

- Pero yo he oído que a veces esos libros no traen ninguna cosa que sea útil -dijo medio fuerte doña Rosaura Castrejón.

Don Manuel contestó:

- Cada Biblioteca es un caminar, doña Rosa. Algunos lectores ya nos han dicho eso mismo varias veces. Por eso ahora nosotros mismos estamos haciendo nuestros libros, de acuerdo a nuestras necesidades. No podemos esperar que todo esté listo desde un principio. Hay que ver cómo hacemos este trabajo mejor juntos.

Hubo un ratito de silencio.

- Oiga, don Manuel -dijo de pronto don Celestino Machuca- hace tiempo que yo quisiera saber sobre otros sitios, así como de geografía, la historia de otros países, de sus ríos, así... ¿Habrá de esos libritos?

- Sí, sí hay. Ustedes tendrían que ir pidiendo los libros que más necesitan.

- Y sobre las semillas, para mejorar las *chacras*, ¿también habrá libritos, don Manuel? - preguntó la voz finita de Martín Riquelme, que tenía 13 años y estaba a cargo de sus dos hermanitos menores, porque hacía como tres años habían quedado huérfanos y se habían ido a vivir a la casa de su abuelita.

- Sí Martincito, también hay -respondió don Manuel y siguió diciendo.

- Bien, hermanos, creo que no hay mayor problema para formar nuestra biblioteca. Conforme, vayamos caminando también vamos a ir solucionando las dificultades que se presenten. Ahora quisiera saber si están de acuerdo para nombrar al bibliotecario.

- Claro, -dijo Juan Luna, levantándose de su sitio-. Hermanos, si estamos reunidos es porque tenemos interés. Yo propongo a Eusebio Mendoza Luñe para que sea bibliotecario. Él vive en un lugar céntrico y podemos llegar a su casa con toda confianza por que es buena gente, como toda su familia.

Una bullita recorrió la asamblea. Todos miraban a Eusebio, mientras él guardaba silencio. Él era un poco joven. En los días que no tenía trabajo en la *chacra*, hacía algunas obritas de carpintería, bancas, mesas, catres. Y cumplía bien con sus clientes. Eusebio medio no sabía qué hacer: era la comunidad la que le encargaba una tarea que nunca nadie del case-

rio había conocido. Se levantó despacito. Algo nervioso estaba.

- Bueno, compañeros, acepto ese cargo, por el bien de todos.

Los aplausos hicieron retumbar la casa comunal.

- ¡Viva el Eusebio! ¡Que vivan los libros! ¡Que viva!

¡Ai vienen los libros!

El sol había avanzado y comenzaba a quemar fuerte.

- La tarde va a llover -dijo Justo Ramos, como terminar el surco-. A ver si terminamos antes que caiga el aguacero.

- Si llueve que llueva -rió Esteban Huamán. Y en una alegría los siete avanzaban sin levantar cabeza, bien armados. Los surcos negreaban conforme iban avanzando.

- Miren, creo que es el Eusebio que está bajando ¿será? Miren la andada.

- Sí, es él -dijeron los demás.

- Ya vuelve seguro con los libros. Ayer se fue al pueblo para eso. Así habían quedao con don Manuel.

- ¿Y don Manuel, no vienen juntos?

- No, será. Seguro que se ha quedao visitando la biblioteca del Súgar o en alguna reunión del pueblo.

Al poco rato llegó Eusebio, sonriendo. Saliendo de la alforja se podían notar los libros.

- Llega, pues, Eusebio. ¿Cómo te ha ido?

- Bienazo. Miren lo que traigo.

Se sentaron luego en la pampita y Eusebio extendió los libros sobre su poncho. La alegría. Los que sabían algo leer, delectaban; los otros nomás se contentaban con mirar los dibujos.

- ¡Miren, este se parece a la tía Hornecinda!

- ¡Y este parece que está llorando, todo *curpachol*!

- ¡Acacau, a este le ha dao el cólera y está con diarreal! Miren.

- Y este *ponchajo*, ve, *ot*: está leyendo éste. ¡Qué buen cholo! Así siquiera estuvieray yo. ¡Si supieray leer, carajo, dí!

- ¿Y aquí? A ver qué hay... *Ot*, mira, aquí está el zorro, ve *tangando* una piedra. ¡Este es el tío zorro que lo engañó el conejo!

- A ver tu carné, Eusebio. Don Manuel dijo que te iban a dar. A ver, enseña, pues, hombre.

Eusebio sacó el carné de entre sus documentos.

- ¡Ay, cholol!, mira qué bien estás *oí*, Eusebio. No más que debías peñarte bonito pa la foto, pues, hombre. ¡Y de bigote, *oñ*! Muy serilo estás, así no eres.

Todos se reían a carcajadas mientras que Eusebio juntaba los libros.

- Ya, ya, a seguir lampeando. Tienen que sacar tarea o si no su "patrón" me va a echar la culpa.

¿Qué pasa, pues, con la Biblioteca?!

Eusebio empezó su tarea de Bibliotecario Rural en

Luychocolpa. Prestaba los libros y apuntaba en su cuaderno. A los tres meses recogía los libros y viajaba al pueblo. De ahí regresaba con nuevos libros.

Eusebio invitaba a los lectores para leer juntos. Así vieron que era mejor. Los más alentados se reunieron y formaron un círculo de lectura. Algunas mujeres también participaban. "El que sabe enseña al que no sabe" decían. Algunos en vez de decir "somos lectores", decían, como equivocándose, "somos electores". Tal vez en una manera quería decir lo mismo.

Pero un día, mientras don Manuel recogía grama para sus bueyes, presintió algo malo.

- Ay, caracho, qué me irá a pasar: me amarga el bolo. Cuando ya caía la tarde llegó Ernesto.

- Le traigo este papel de Luychocolpa. Es urgente -dijo.

Don Manuel desdobló el papel:

"Estimado don Manuel: tengo urgencia de viajar. Sería bueno cambiar de bibliotecario. Hay que aser reunión urgente. Mañana en la nochesita le esperamos. Eusebio Mendoza Luñe".

Una rúbrica llena de curvas y líneas envolvía el nombre del bibliotecario. Don Manuel se quedó pensando.

- Lo que es a mí, la coca nunca me engaña -dijo mirando a lo lejos.

Al día siguiente, temprano nomás, don Manuel desunció sus bueyes.

- Dénles de comer -le dijo a sus hijos-, yo ya me hago tarde.

Ya se había encaminado rápido-rápido cuando de pronto se volteó.

- ¡Segundo, Segundito! Vente, hijo, acompáñame. Vamos como pa que conozcas mejor mi trabajo. Ya sí yo me muero un día vos sabrás cómo honrar la memoria de tu padre.

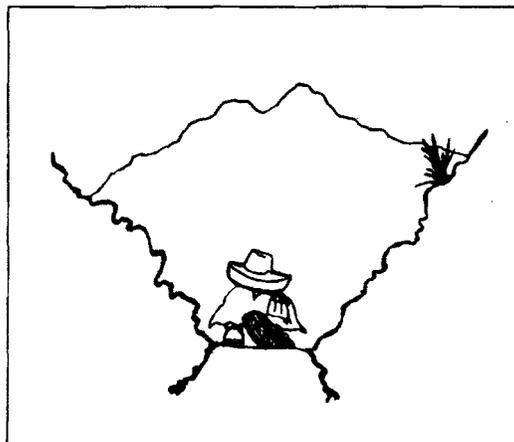
Segundito, de 8 años apenas, se acomodó el sombrero y echó a correr tras de su padre.

Después asomaron a Luychocolpa.

Ya en la reunión, Eusebio permanecía callado. La noticia que le había llegado había sido de un momento a otro. Su hermano estaba enfermo y tenía que viajar a Chiclayo. Pero miraba a todos de una manera rara. Como que su alma ya no estaba aquí.

- A ver, hermanos; estimado don Manuel... les he llamado por la urgencia que tengo de viajar. Ya ustedes saben... Pero además quisiera que se solucionen algunos problemas que han surgido en estas últimas semanas. El Alfonso dice que ha perdido un libro. El Néstor ha viajado sin devolver el libro y ahora no lo hallan. El Justo Manosalva dice que ha dejado el libro en un rincón de su casa y las ratas lo han comido. Sobre esas cosas quisiera que se aclaren ahora que don Manuel está aquí.

Los asistentes agacharon la cabeza. La sombra de los sombreros quería tapar su desaliento. Así estuvieron un buen rato. Después comenzaron a correr voces como por debajo de los ponchos. Eusebio recorrió con la vista todo el ambiente.



- Hablen, pues, hermanos, ¿por qué no hablan fuerte?
 - Mira, *chochera*, esa idea de que tú repartas libros no es moderna. ¿Dónde se ha visto que un campesino maneje libros? Para eso tiene que ser un educado. Por eso a ti no te respetan. ¿Me entiendes o no?
 Todos levantaron la mirada. Era el Alindor quien había hablado. Era medio costeño. Puebliño. Sobrado era el cholo. Algunos iban a reírse entonces a costillas de Eusebio. Otros no sabían qué hacer.
 - Sí, que desaparezcan ya esos libros... tantos problemas también que traen -dijo Alfonso, el comerciante que tenía su *tambo* en Luychocolpa.
 - Sí, sí, hombre, ya que no queremos más sus libros. Llévenlos sus libros -dijeron otros.
 Nuevamente hubo silencio. Algunos medio se mostraron como aburridos. Los que estaban en la puerta ya se alistaron para irse.
 - ¡Vecinos de Luychocolpa!
 Todos se sorprendieron. Por primera vez se dejaba oír esta voz en la casa comunal. Era don Serafín el que hablaba. Por entre su barba llena y canosa se veían sus dientes verdes de tanto masticar coca. Pero algo especial había en su voz. Parecía trueno anunciando lluvia. O tal vez en su garganta tronaba la *cargazón* del río grande que rodea Luychocolpa. O todos los zorzales cantaban en su pecho hasta obligarlo a hablar. La sombra de su sombrero le tapaba la frente sobre el pelo apelmazado por tanto sudor del trabajo. Don Serafín, campesino recio, dejó que su dentro brotara en palabras.
 - ¡Vecinos luychocolpinos!... No sé qué nos está pasando en estos días. Que ya se pierden los libros, que ya uno se cansa leyendo, que ya nos desanimamos cuando se va a ausentar el bibliotecario, que ya por acá, que ya por allá... A ver ¿qué nos está pasando, hermanos? Yo no entiendo esto... ¿Por qué tanto leído y tanto educado acobardándose como zorro correteao? Yo no sé leer, hermanos, pero entiendo. Al principio a mí no me pareció bien que traieran esos libros. "De *yanca* lo harán. Otro engaño más de esos educados debe ser", pensaba. Pero poco a poco y viendo me he convencido que es para nuestro bien. ¡Y cómo quisiera yo saber leer! Aunque de tanto mirar estos libros ahora ya conozco algunas letras.
 A veces he pensado: "¿Por qué mi padre no me mandó a la escuela siquiera un añito?. Pero yo no estudiaría para ser *prosista*: yo estudiaría para hacer más fuerte mi comunidad, para mejorar el caserío, para buscar el bien de Luychocolpa...
 Yo no les comprendo, hermanos. ¿Por qué nos portamos como niño malcriao *piñapando* la comida, o como el burrito que deja la alfalfa por irse a comer *marcos*? Hermanos, pensemos un poquito: todos necesitamos alimentar la mente, el corazón. Hay que dejar atrás la pereza. El Abdón "que mis ojos me duelen", el Néstor "que mi cabeza me da vueltas", el Juan "que no tengo tiempo"... y vos, Alindor, no nos desafíes, carajo, *palangana*... No, hermanos, ¿dónde está el valor, dónde está la valentía, a dónde se les corrió el coraje... dónde está la juventud?
 A veces yo me *het* preguntao "¿qué sería de Luychocolpa sin los libros, sin sus grupos de lectura?". Luychocolpa caminaría para atrás...

Lo hemos hecho venir a don Manuelito. Está bien, pa que vea cómo estamos, ¿pero nosotros no somos acaso capaces de arreglar nuestros problemas; necesitamos que alguien nos diga qué hacer? Hay que hacerlo venir, pero ya teniendo algo, o cuando no atinamos a solucionar el problema de la biblioteca nosotros solos.

Nosotros sí podemos, hermanos, porque siempre hemos podido...

Don Serafín cortó su palabra, pero su mirada seguía desafiando a los vecinos. Casi se le podía notar cómo su pecho latía cada vez más rápido, levantando a cada rato el poncho y la *chalina*.

Miró a todos lados. Todos se habían quedado aguardando en silencio. El Juan estaba sentado al lado derecho de don Serafín y tenía un libro en la *millca*. La carátula era bonita, pero estaba gastada por el uso constante de manos trabajadoras. Don Serafín cogió el libro con fuerza y lo apretó con sentimiento sobre su pecho. Parecía una madre apretando a su hijo, como si alguien se lo quisiera arrebatar.

- ¡Ven, compadre libro! -exclamó emocionado don Serafín-. Ven, háblame también a mí, compadrito, no te quedes callado. Ven, hermanito libro, acompáñame...

Los luychocolpinos se miraban los unos a los otros. Algunos parecían pensar "este hombre está loco". Algunos ya medio querían empezar a reírse, tal vez porque todo el ambiente ya se estaba suavizando. Cuando de pronto, una de las mujeres que habían

PUBLICIDAD

estado calladitas durante toda la reunión, hizo aparecer sus dos manos callosas por en medio del *chal*, y con un brazo en alto gritó:

- ¡Que viva... que viva don Serafin y que vivan los libros, compañeros! -y arrancó con los primeros aplausos.

Entonces todos siguieron su ejemplo y aplaudieron largo, largo rato. Después tomó la palabra don Justo, después Cristina Llamoctanta, y otro , y otro más.

Bonito se arreglaron los problemas. Y se nombró al nuevo Bibliotecario Rural: el Marcos, el hijo de don Serafin.

Don Manuel, aunque estaba casi acostumbrado a presenciar este tipo de reuniones, apenas podía contener la alegría, que parecía desbocarse para recorrer todos los caminos de la provincia.

Los campesinos de Luychocolpa estaban recuperando su propio rostro.

Nuestras palabras: Glosario

Allacito: Diminutivo de allá; muy cerca.

Anoticiado: Informado de algo.

Armado: Masticando o "chacchando" coca. // Que ya endulzó la coca.

Aura: Ahora.

Barrjal: Barral, lodazal

Batanes: Maray. Piedras para moler.

Bolo: Bolo de coca que se forma en la boca al coquear o "chacchar".

Cajacho: Gentilicio de Cajamarca usado como expresión de cariño o, en algunos casos, de desprecio.

Cargazón: Refiriéndose a la abundancia de agua que viene en tiempos de lluvias por los ríos.

Cati: Cate, interjección que, como catay, indica que algo "es así, de este modo, de esta manera"; suple el "mira, comprueba, derrepente"; catay se usa generalmente para el tiempo pasado y *caty* para el presente.

Chacra: Terreno de sembrío. // Espacio principal en el campo // Chaqras.

Chal: Chali. Manta que se usa sostenida al cuello. Palabra de origen persa, asimilada al francés y derivada al castellano.

Chalina: Bufanda.

Chochera: Expresión muy costeña o de los "muy vivos" que quiere decir amigo.

Chochoqa: Del runa simi Chochoqa: Maíz cocido y secado de cuya harina se prepara sopa.

Cuanti: Cuanto, tanto. // Entregar, dar.

Curpacho: Curpado, encogido, agachado, acucillado.

Das: Rápido, pronto, presto, ahora mismo, veloz.

Dejuro: Seguramente, seguro, de repente, puede ser que, posiblemente.

Detallosos: Sobrados, simplones, creídos. // Fútil. Que anda con detalles fingidos. // *Palanganas*.

Diezmeros: Que cobra un diezmo de la producción o de los ingresos.

Echando pechadas: Cantando tristes o yaravies a todo pulmón. **Encabar:**

Poner un palo, cabo o mango a una herramienta.

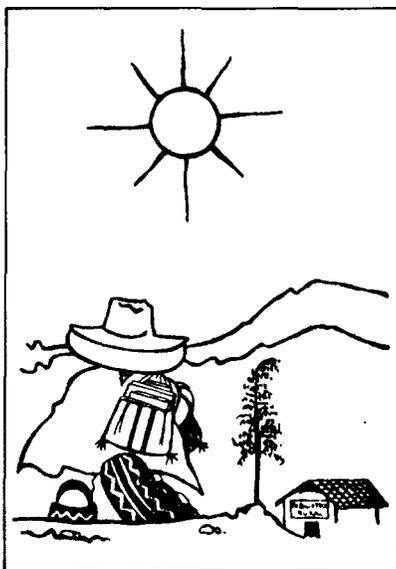
Escolero: Escolar, estudiante.

Fila: Cumbre, filos o parte superior de los cerros, lomas o montañas.

Hei: He, de haber.

Huaylla: Del runa simi WAYLLA = lugar húmedo cubierto de pasto. // Prado verde, buen pasto.

Jalca: Del runa simi SALLQA = Puna,



cordillera, zona fría.

Lampa: Herramienta de labranza. Azada, laya.

Leva: Reclutamiento de gente para el servicio militar.

Luego: Rápido, pronto, en ese momento.

Llanques: Ojotas. Sandalias hechas con recortes de llanta.

Lléguste: Llegue usted.

Machaines: Cuevas.

Marcos: Altamisa o artemisas: monte silvestre de hojas muy amargas.

Masque: Además que, pues también; si quieres, inténtalo, pruébalo.

Médicos: Médico de campo, empírico, curandero. Brujo.

Micros: Microbuses.

Milca: Del runa simi MILLQA o MILLKA: parte delantera de la manta donde se recibe algo; regazo.

Mosaico: Obra compuesta en forma

diversa o variada.

Ña: Doña.

Ñu: Don.

Oi: Oye, oigan.

Óigaste: Oigaste usted.

Oración, la: Crepúsculo. Después del ocaso. Casi de noche.

Palangana: Jactancioso, persona creída, ostentosa. // *Prosa*.

Pallaquearias: Pallaquear. Picotear, recoger.

Pasmamos: Enfiamos, paralizamos, endurecemos. // Atontamos. // Asombramos.

Patrón: El dueño de la *chacra*. Refiriéndose al que organiza las tareas o está como responsable de un trabajo.

Peloteros: Refiere a los jugadores de fútbol.

Piñapando: Escogiendo separando, retirando, manoseando.

Ponchajo: Que viste de poncho grande y siempre.

Poyo, poyito: Zócalo ancho, natural o artificial, que se usa para sentarse. // Bancos, asientos de troncos, piedras.

Primicieros: Que cobra la primicia o primer producto o bien.

Prosas: Detallosos, palanganas, de superioridad. // *Palangana*.

Prosiesta: *Palangana*, simplón, creído.

Pueblo: Centro poblado, capital de distrito o provincia. // Ciudad.

Quedrá: Querrá.

Recuerde: Despierte. Volver en sí. Darse cuenta. Hacer memoria.

Ruche: Refiere al trigo pelado en *batán*.

Sesteao: Esperado con cuidado, aguardado. // Vigilado, sorprendido, observado. // Asaltado.

Tambo: Refiere a tienda comercial. // Posada, venta, parador.

Tangando: Sujetando, sosteniendo. **Ucha:** Interjección como "pucha", "caramba", "qué cosa".

Unshas: Árbol preparado. Estructura de palos adornados, se corta al tiempo que se canta y baila a su alrededor en tiempo de carnavales.

Véngaste: Venga usted.

Yanca: Del runa simi YANQA: mentira, broma, equívoco.